

EL SALDO CERO

Moreno Varela



Image not found.

Capítulo 1

EL SALDO CERO

En realidad, al principio, las diferencias entre los dos no eran demasiadas. Y las que existían, al menos, no eran muy notables.

Él era tan sólo un año mayor que yo. Salimos del vientre de nuestra madre prácticamente con idéntico peso. Y nuestro aspecto físico era muy similar. Pudimos pasar en más de una ocasión por hermanos gemelos.

Nuestro carácter también era muy parecido. Tercos como mulas, ambiciosos, y trabajadores como pocos. Y eso que los inicios fueron realmente duros, en más de una ocasión incluso humillantes.

Con apenas catorce años nos pagaban dos pesetas por un día entero cargando estiércol en un carro enorme. Tendría usted que ver en qué condiciones. El olor a mierda se nos metía hasta el tuétano. Vamos, que no se nos acercaba nadie en dos kilómetros a las redonda. El caso es que como le digo lo hacíamos por dos pesetas cada uno, pero en casa entregábamos tres pesetas, y nos guardábamos una para los dos. Y nos la guardábamos de veras, a espaldas de nuestros padres, a los que veíamos como dos indolentes, dos personas bastante incapaces.

Si , si. Así lo veíamos. Se pasaban la vida rumiando su desgracia, echando la culpa de todo a un mundo que no les daba oportunidades. Tampoco se las buscaban. Lo único que buscaban por parte de él eran las botellas de vino, y por parte de ella el cobijo de una Iglesia, cobijo que buscaba con tanta frecuencia que más tarde, y con la experiencia de los años, juzgamos casi hasta sospechoso... Dios la tenga en su gloria...

En cuanto nos vieron cierta capacidad física para el trabajo nos enviaban a la calle a los dos para buscarnos la vida, y de paso, claro, buscársela a ellos. Tanto mi hermano como yo los considerábamos dos fracasados, que Dios nos perdone, pero aún ahora, en que ya hace décadas que han muerto, sigo pensando igual.

Claro que sí. Aún con eso los queríamos. ¿ Qué hijo no quiere a sus padres? Por eso cuando gracias a nuestro esfuerzo y determinación el dinero dejó de ser un problema siempre nos aseguramos que no les faltara de nada, salvo quizá nuestra presencia y compañía. Una vez en la edad adulta los vimos muy poco. Mi hermano por la clase de vida que llevó después, y yo... Bueno. Tenía asuntos más urgentes que atender. Y como le dije antes, aunque los quería, no sentía que debía devolverles el cariño que ellos jamás nos dispensaron a nosotros.

Fíjese. Ahora en estos momentos lo veo más claro. Mi relación con ellos fue la que forjó mi carácter, y al principio también el de mi hermano. La indolencia de nuestros padres, su mediocridad, su dejadez... No íbamos a ser como ellos. Nosotros trabajamos más duro que nadie, luchamos, arriesgamos, y finalmente ganamos. Con apenas veinticinco años ya hacía siete que habíamos abandonado la casa familiar, si es que se la podía llamar así. Éramos dueños de una compañía con un crecimiento asombroso, que es la razón por la que usted se está interesando por mi vida. Nuestros ingresos pasaron a ser millonarios. ¡Qué emoción la primera vez que pude ver un ingreso de un millón! El primero de tantos...

Jóvenes, guapos, y ahora ricos. ¿Usted qué cree? Todo lo demás fue muy fácil. Fiestas, coches, mujeres, vicios... Fue una época muy loca. Eso sí. Nunca descuidamos el hecho de que lo primero de todo era la compañía, y que para seguir creciendo teníamos que seguir trabajando duro. Todo el jolgorio para el fin de semana.

Y es que la compañía nos empezó a superar en muchos aspectos. Decidimos formarnos. Nos pusimos de acuerdo. Mi hermano la rama del derecho. ¡Y que gran jurista llegó a ser! Aunque no lo utilizó como yo pensaba... Yo me ocuparía de las finanzas, y si me permite decirlo, tampoco se me dio nada mal. Éramos brillantes. Y nuestro orgullo y ego crecía exponencialmente en paralelo a nuestra fortuna. Al menos hablo por mí.

No. No seríamos como mis padres.

No pasó demasiado tiempo hasta que la compañía comenzó a cotizar en Bolsa. Por supuesto ambos éramos los máximos accionistas, y presidíamos el consejo de administración.

Figúrese usted. Dos treintañeros presidiendo una de las compañías más pujantes del país. ¿Qué más se podía pedir? Como ya le dije antes todo era fácil. Pero fue en ese momento, en el momento culmen de nuestras vidas cuando apareció ella. Es irónico. Su nombre a mi hermano le venía al pelo. Ángela. Para mí la opinión era muy distinta.

Creo que la conoció en una presentación relacionada con la compañía. Ella le hizo unas cuantas preguntas. Sí. Así es. Era periodista. Como usted.

Le voy a confesar algo, y usted me va a perdonar. Reconozco que no me gustan ustedes los periodistas. Son personas con demasiado poder. ¿Se ríe usted? ¿Le parece que una pluma y un papel no pueden ser un arma poderosa? Le aseguro que sí. Quizá la más poderosa. Por eso tienen tanta responsabilidad. Me sorprende que no sea consciente de ello. Y me preocupa... En fin. Además suelen ser gente con un don innato para la curiosidad. Sí. Así son ustedes. Pues bien. Ángela también era así. Y creo que en parte eso fue lo que deslumbró a mi hermano, y lo que hizo que su

vida cogiera otro camino. Nunca más volvimos a caminar por el mismo. Ella era guapa, lo reconozco. Bellas facciones, ojos verdes, cabello largo y moreno...Pero no me parecía nada que no tuviéramos a docenas todos los fines de semana. De hecho teníamos acceso fácil a muchas mujeres muy superiores en cuanto a belleza física. Auténticas modelos.

Cuando me la presentó y luego la fui conociendo más, mi entendimiento se alejaba más del de mi hermano. Él cada vez más atolondrado con ella, y yo , por el contrario, cada vez más incómodo con su presencia.

Y la razón no era otra; ahora no me da miedo reconocerlo, que me daba cuenta que aquella chica era más inteligente que nosotros. Entiéndame. Las mujeres con las que yo me relacionaba eran mujeres listas, a mí nunca me gustaron los floreros con los que no pudieras tener una conversación medianamente coherente. Pero eran listas en otros sentidos. Pero Ángela era otra cosa. Estaba muy por encima. Me hacía sentir muy pequeño cuando hablaba con ella. Yo con toda mi fortuna, mi prestigio, mi resolución... Me sentía muy por debajo de ella. Y yo odiaba esa sensación.

No tardó en ser muy crítica con nuestra forma de entender la vida. La juzgaba en el fondo vacía. Entendía que nuestros continuos alardes de riqueza no buscaban más que la forma de restañar viejas heridas o carencias que no éramos capaces de aceptar. Ya ve. La chica nos hacía de psicoanalista de tres al cuarto. Al menos así pensaba yo en aquel momento. Si me ha entendido bien lo que le he contado hasta ahora, habrá comprendido que ahora doy la razón a todo lo que nos decía. Ironías de la vida supongo.

Pero entiéndame. Yo no me había enamorado de ella. Mi concepción del amor siempre fue un poco más, digamos, práctico. Sin embargo mi hermano...

En muy poco tiempo al lado de Ángela comenzó a dejar "las buenas costumbres". Las juergas fue lo primero que comenzó a espaciar. Cada vez más tiempo con ella y menos conmigo.

Disculpe si se me escapa una sonrisa. Me viene el recuerdo de uno de aquellos momentos, de aquellos días vamos...Me parece que fue la última fiesta con la "jet set" a la que acudió junto a mí. Bueno, en fin... Para qué más detalles. Mucho alcohol, mujeres sofisticadas y de gustos caros...

Yo ya había hecho migas con dos bellezones húngaras. Y no podía dejar de compartir con mi querido hermano tan feliz encuentro. Le presenté a una de ellas, y le sugerí que quizá le gustaría conocer más a fondo a mi hermano.

Ante mi asombro mi hermano me interrumpió. Se limitó a disculparse y a decir que no estaba interesado. Alucinado me fui a hablar con él aparte.

-¿Qué coño te pasa? -Le dije.

-¿No sabes que ahora tengo pareja o qué?- Me contestó indignado.

-¡Venga ya! ¡Y que más da! Una cosa es el amor, y otra cosa es esto. No se va a enterar. - Le espeté alegremente. Pero su semblante seguía siendo serio.

- Esta vez no, hermano. Eso se acabó. Dos para ti solo.- Se limitó a decirme.

-¿Pero me vas a decir que siempre vas a estar sólo con la misma? ¿Es que no te cansas?- Me burlé. Él sólo me miró, y le juro que en aquel momento noté condescendencia hacia mí. Manda narices. Y luego soltó la lindeza que aún me hace sonreír.

- ¿Te cansas tú de ver la Luna en el cielo? Siempre es la misma, ni siquiera cambia su cara visible. Y sin embargo estés donde estés, si miras al cielo nocturno y ves la luna, sabes que ese cielo es ahora más hermoso. - Y así, sin ponerse ni colorado, se marchó.

Me quedé boquiabierto. Me pareció la gilipollez más cursi que había oído en mi vida. Lo que me quedó bien claro es que aquel ya no era mi hermano, tal y como lo había conocido siempre.

¿Las dos húngaras? Bueno... Tengo vagos recuerdos. El alcohol me dio una noche más movida que ellas. Se lo aseguro.

Capítulo 2

En fin. Aparte de eso durante algún tiempo más seguimos con la rutina. Mucho trabajo en los días entresemana, escasas horas de sueño, reuniones, visitas, actos... Un no parar. Un estrés continuo. Y cuando llegaba el fin de semana, como ya le he explicado, las horas de sueño eran aún más escasas.

¿Qué cómo me mantenía? Vaya. No pensé que alguien joven como usted pudiera plantearse eso. No lo digo con orgullo, que conste; pero determinadas sustancias no se inventaron en su generación, aunque ahora vayan muy de listillos. Y cómo bien le he explicado yo tenía mucho dinero, y acceso fácil a cualquier cosa que deseara.

Mi hermano también era así al principio. Fue a causa de Ángela que dejó nuestras costumbres y aficiones por así decir. Lo que no esperaba en esos días, ni en el más oscuro de mis sueños, es que se planteara ir más allá.

Recuerdo que fue un martes. Entró en mi despacho temprano por la mañana, pero no venía trajeado, listo para otra jornada, sino con un simple pantalón vaquero y una camiseta de algodón.

-Lo dejo hermano. Me voy a marchar. – Me dijo de sopetón.

-¿Qué dejas qué? – Le pregunté sin siquiera levantar la vista de la pantalla del PC.

- Voy a retirar el 1 % del valor de mis acciones. Será más que suficiente para empezar. El 49% lo voy a donar, y no podrás oponerte a ello. Y el 50% restante es tuyo hermano. Creo que es lo justo. Tú has construido todo esto junto a mí. Así que te lo lego.- Me soltó con naturalidad.

Se puede usted imaginar la cara de idiota que se me quedó al principio, y mi enfado a continuación, cuando vi que hablaba muy en serio.

-¿Acaso crees que con el 1% podrás vivir más de seis meses? – Le pregunté inquisitivamente.

-No a este ritmo, desde luego. Pero no es esa mi intención. – Me respondió.

-¿Y cuál es entonces? – Le pregunté.

- Viajar, sentir, experimentar... Vivir, hermano. – Me dijo tan tranquilo.

- ¿Y de qué vas a vivir cuando se te acabe el dinero? – Me burlé.

- Sabes que soy muy trabajador. Tanto como cualquiera. Esta compañía es la prueba. Pero ya no puede ofrecer nada a mi vida que no sea sólo dinero. Trabajaré cuando sea necesario y trataré de hacer una diferencia allí donde pueda.- Me dijo con tono soñador.

Para qué aburrirle más con la discusión. Se zanjó con mi hermano marchándose con el rostro triste al oír mis reproches, pero se marchó claramente decidido.

¿Qué pensé? Pues que su novia era una “yuppie” estúpida, que él era un calzonazos, y que no tardaría en regresar con el rabo entre las piernas, y rogarme que le devolviera su parte de la compañía. Al menos el 50% que me dejó. La parte que iba a donar ya estaba perdida. Sí. Eso pensé. Volvería y me lo pediría. Al fin y al cabo quién era tan estúpido de renunciar a millones por irse a cumplir no sé qué propósitos vitales. Cuando volviera me haría el duro, pero acabaría devolviéndole su parte, y yo tendría razón...

¿Cuánto tiempo pasó? Pues la siguiente vez que lo vi habían pasado diez largos años, sin saber nada de él. Me escribió. Pero nunca abrí ni una sola de sus cartas.

Pasó a mi despacho con cita, como cualquier comercial o representante. Yo aguardaba como un depredador paciente, de esos que esperan a su presa inmóvil e inalterable. Ya iba a caer en mis garras. En el hombre que entró por la puerta apenas pude reconocer a mi hermano. Pelo alborotado, barba poblada, ropa simplona y poco sofisticada. Llamaba la atención en aquel ambiente. Algunos de los empleados más antiguos que lo conocían no daban crédito. Entonces se despertó en mí una mezcla de suficiencia y lo que yo creía que era compasión hacia él. Menuda charla le di, sin ni siquiera esperar a que me saludase. En aquel momento estaba dando por sentado que al fin venía a pedirme ayuda, Y me enfrasqué en una larga soflama sobre el error que él había cometido, sobre la necesidad de que volviera a labrarse un prestigio y un gran patrimonio... En fin. Así un largo etcétera.

¿Qué hizo él? Eso es quizá lo que más me avergüenza ahora. Escuchó pacientemente mi discurso, sin abrir la boca ni una sola vez, consciente de que no le dejaría expresarse hasta que yo quedara satisfecho y terminara. Una vez que terminé se limitó a decirme:

-Hola hermano. He venido a verte. Me alegro mucho de verte tan bien como siempre. Pero no vengo a buscar tu ayuda. No necesito ninguna ayuda a decir verdad, no estoy en ningún apuro.- Me dijo mientras alzaba la mano para evitar que yo volviera a hablar. Entonces fue él el que se explotó. Me recordó las cartas que me había escrito. Le mentí. Le dije que no había recibido carta alguna. Que quizá me las habían extraviado. Me habló de su vida junto a Ángela, de la felicidad plena que sentía, de los viajes que había realizado. Al contrario que él yo no le hice el menor caso. Le oía, pero no le escuchaba. Todo me parecía palabrería y tonterías. Despreciaba todo lo que me contaba. Fue una situación muy desagradable. Ahora me doy cuenta que realmente lo tuvo que ser para él.

La conversación se zanjó cuando fui plenamente consciente de que no volvería ya al rol que una vez tuvo junto a mí. Lo llamé fracasado. Lo comparé con nuestros padres. Ojalá no hubiera hecho muchas cosas de las que hice en mi vida, pero ésa especialmente ojalá no hubiera sucedido.

Por segunda y última vez mi hermano se iba de mi despacho con el rostro triste, pero deseándome suerte.

¿Cuántas veces más volví a verlo? Sólo una vez más. Una última vez. Sólo que esta última vez sería yo quién le visitase, allí donde pasó sus últimos días. ¿Por qué sólo una vez más? Como le dije siempre he sido un cabezota, y mis logros empresariales han aumentado exponencialmente mi orgullo durante todos estos años. Seguía enviándome, a pesar de todo, cartas que yo no abría, pero jamás regresó a mi terreno, donde no encontraría más que reproches, y no se equivocó al pensar así pues eso era lo único que podría obtener de mí en aquellos días.

Capítulo 3

Los años a partir de ahí comenzaron a transformarse en décadas, como puede ver, de la forma más absurda. Cuando me quise dar cuenta las canas comenzaron a teñir mi pelo desde los laterales y hacia arriba y yo seguía sin querer saber nada de mi hermano.

Le reconozco que siempre le eché de menos. Siempre. Aunque mi orgullo no me dejaba mostrarlo. Ahora cuando miro atrás, y analizo como si fuera una novela los capítulos de mi vida, sin duda, y aunque usted no se lo crea, los más felices son los primeros. Sí, nuestros inicios, donde tanto mi hermano como yo teníamos muchas carencias materiales y muchas necesidades, pero en los que cada día luchábamos juntos codo con codo, uno junto al otro, siempre alcanzando objetivos y progresando.

Desde nuestro desencuentro nada fue, en el fondo, igual para mí. Es cierto.

Sé lo que está pensando. Cómo alguien, que a posteriori amasó semejante fortuna, puede estar diciendo esto ahora. Pues le aseguro que así es. Ahora lo veo claro como el agua.

¡ Oh no! Ni siquiera nos vimos cuando nuestros padres murieron. Es triste. Pero es la cruda realidad. Como ya le dije antes me aseguré que no tuvieran ninguna carencia material hasta su muerte. Pero veamos... El día que mi madre fue enterrada yo me reunía urgentemente con unos distribuidores estadounidenses. Ahora somos una firma importante también allí. Pagué el sepelio y envié una corona.

Poco después fue mi padre. A decir verdad al entierro de mi padre no acudí por razones más personales. La relación con mi padre fue aún más complicada.

¿ Mi hermano? Acudió a ambos, junto a su ya esposa Ángela. Y me consta que acudió desde muy lejos. Pero él en ningún momento requirió mi presencia ni me lo echó en cara nunca.

¿ Qué opinaba mi propia familia de mi actitud? Disculpe si me rio. Verá. Me casé tres veces y me divorcié otras tantas. Tengo tres hijos de dos de ellas, y como ya le he dicho nunca desarrollé una gran capacidad de albergar verdaderos sentimientos de amor, salvo por mi trabajo.

Todas eran mujeres esculturales, espectaculares. Por lo que si se casaron conmigo una vez que yo superé los cuarenta, y dejé la plenitud de mis atributos físicos muy atrás; se puede imaginar por qué se casaron

conmigo. No. Se lo aseguro. No les preocupaba lo más mínimo mi actitud hacia mis orígenes o hacia mi propia familia. Las tres eran mujeres materialistas y superficiales. Exactamente como yo... Eso sí. Eran preciosas.

¿ Mis hijos? Digamos que con ellos hice un gran trabajo educativo en esos valores en los que yo creía. Hoy son máquinas de agrandar el patrimonio familiar, a toda costa y sobre todo. Por eso están tan confusos con mi actitud de ahora...

De esa última vez que le ví, que le explicaba antes, han pasado ya cuatro años. Más o menos sería por estas fechas cuando recibí una llamada urgente en la oficina. Una de tantas pensé en aquel momento. Todo el mundo se cree con mucha urgencia y con el derecho de ser el primero que yo atendiera. Sí. Así razonaba yo hasta hace no mucho tiempo.

Sin embargo mi sorpresa fue mayúscula al escuchar al otro lado de la línea del teléfono a Ángela. Reconocí enseguida la dulzura del timbre de su voz, ese timbre que tantas veces me irritó, y su acento chileno.

Me preguntó cortésmente como me encontraba, a lo que yo con mi orgullo aún intacto contestaba secamente y casi telegráficamente. Durante un rato me estuvo dando conversación, como rehuyendo la verdadera razón de su llamada, o demorándola al menos. Ya extrañado decidí cortarla bruscamente:

-¿ Qué es lo que quieres Ángela?- le dije. Ella suspiró y contestó.

-Quiero que vengas a casa a ver a tu hermano.

-¿ Y a dónde se supone que es eso?- Le contesté aún más sorprendido y molesto.

- ¿ No tienes la dirección? ¿ Y todas las cartas que regularmente te envía? – me contestó tristemente.

- No las he leído. – Zanjé.

- Bueno... Vivimos en mi país desde hace diez años. En una casa no muy lejos de Valparaíso... - Me comenzó a decir, pero yo la volví a cortar.

- ¿ Y si me quiere ver por qué no viene él mismo aquí? – le dije con tono ofendido.

- Se está muriendo. Va a ser pronto. Sé que daría lo que fuera por verte, pero no te lo iba a pedir. Por favor. Dale esa alegría. – Me contestó con dulzura. Y fue ahí cuando me quedé mudo. Estaba atónito. Unos segundos

después le respondí.

- Bien. Buscaré las cartas y la dirección. En una semana voy para allí.

- Muchas gracias. De corazón. – Se despidió.

¿ Cómo me sentí? En realidad en aquel instante me quedé como veinte minutos en solitario y en silencio en mi despacho, mirando a un punto fijo. Sólo se me venía a la mente imágenes de nuestra infancia. Es un absurdo quizá. No me preocupé por él en decenas de años, mientras el tiempo pasaba inexorable. Sin embargo era ahora, cuando tenía la certeza absoluta de que el tiempo se acababa cuando no tenía duda de que iría a buscarlo donde fuese necesario. Aunque fuese a Júpiter. Y a pesar de todo, en aquel momento no derramé ni una sola lágrima.

¿ Más tarde? Sí. Claro que le lloré. Sin embargo no las calificaría como lágrimas amargas por la pérdida de mi hermano. Fueron lágrimas de emoción por él. Las lágrimas amargas las derramé por mí mismo. Me esperaba que le extrañara. Ya lo veo en su cara. Déjeme que le cuente el final de la historia y lo entenderá, y entenderá las razones de mis últimas acciones, que son por las que viene a entrevistarme.

Capítulo 4

Efectivamente viajé a Valparaíso, y una vez allí, y después de largos años, pude ver a mi ya viejo hermano. Los dos rondábamos ya los setenta años, de los cuales habíamos pasado los últimos treinta sin vernos en persona. Él vivía en una sencilla casita cerca de la ciudad de Valparaíso; ciudad preciosa por cierto. Se asentaba justo al lado de una hermosa y apacible playa.

Allí conocí a mis sobrinos, a los que como supondrá nunca había visto. Ellos los visitaban en su casa constantemente. No noté en su mirada hacia mí, ni en sus palabras reproche alguno. Y nunca me pidieron nada aún a sabiendas que su padre había sido el cofundador de la compañía. Se ganaban bien la vida, aunque no eran ricos como yo y mis hijos.

Estuve alrededor de dos semanas en aquella casa, conviviendo con ellos, y disfrutando de su compañía. Y fíjese usted que digo disfrutando. Porque en aquellos quince días pude reír, tener buenas conversaciones, pasear, y en definitiva sentirme parte de una familia real por primera vez en mi ya larga vida, consiguiendo que mis pensamientos se aislaran por completo de los negocios, que siempre fueron mi prioridad absoluta.

En todo el tiempo que estuve en la casa nadie me habló de la enfermedad de mi hermano; y él menos que nadie, así que llegué a pensar que todo era un estratagema de Ángela, bendita estratagema por otra parte, para conseguir que al fin nos reuniéramos los dos hermanos.

No era así. El último día, mientras volvía a hacer las maletas para mi regreso al día siguiente, y barruntaba por vez primera en mi vida, las pocas ganas que tenía de volver a mi despacho, mi hermano entró en la pequeña pero acogedora habitación y me invitó a pasear por la playa.

Un largo paseo y una larga conversación de la que le contaré sólo lo más importante. Durante ese paseo pude sentir que volvía a la esencia de la relación con mi hermano. Nos miramos y nos hablamos con franqueza, como siempre, pero también con la complicidad de los primeros años.

Y así fue. Allí me lo dijo sin ningún rodeo.

-Me muero hermano.- Aunque yo lo sabía no pude reprimir un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

-Lo sé. Por eso estoy aquí. Pero dime. ¿Sabes cuánto tiempo...?- No pude

completar la pregunta. Él me sonrió y me dijo:

-No te tortures con eso. Yo no lo hago. Pero por desgracia te puedo decir que esta será la última vez que charlaremos en este mundo a solas. Mañana te tienes que ir. Y no habrá tiempo ya para una segunda charla. Por eso era tan importante para mí. – Me respondió sonriéndome y poniéndome la mano en el hombro. Yo estaba entre perplejo por su entereza y roto por el dolor por ser plenamente consciente de que se agotaba un tiempo que ahora me hubiera gustado volver a tener.

- Ven, acompáñame. – Le seguí y me llevó a un pequeño promontorio desde donde se dominaba toda la playa y la línea del horizonte del mar. Desde allí se contemplaba un bellissimo ocaso, lo que me parecía en aquel momento un signo claro del momento por el que pasaba mi hermano. Él me siguió hablando.

- Elegimos este lugar para pasar nuestros últimos años en parte por esto. Las mejores puestas de sol están en las costas que miran al oeste, te lo aseguro. Hay que ver como el sol se esconde directamente. Ángela y yo hemos recorrido los cinco continentes, hemos ayudado a mucha gente a tener una vida más digna. Y este lugar es un buen regalo para nuestro descanso. Me voy a enterrar aquí hermano. Cada día hemos venido a sentarnos aquí y ver como se esconde el sol. Es un lujo, te lo aseguro. Un lujo...

He sido y soy inmensamente feliz. Por eso no tengo miedo a lo que va a pasar. Forma parte de la vida misma. Y ahora aún menos, pues si tenía algún miedo; erairme de este mundo sin despedirme de ti, y en paz. Tú que fuiste el referente del primer tercio de mi vida. Y aquí estás. Junto a mí. En mi lugar en el mundo. Ya me puedo ir totalmente tranquilo. – Me dijo con total calma.

Yo me sentía angustiado y sólo me salió decirle:

-Yo... Siento tanto que no hubiera sido de otra manera... Ojalá nos hubiéramos visto más.

-No te disculpes.- Dijo levantando la mano. – En realidad siempre has estado muy presente allí donde he estado. Siempre en mi cabeza. En cualquier parte del mundo.

- Háblame de ello. Quiero saber las cosas que has hecho. – me salió decirle. Y me salió de corazón. Pues de pronto deseé saber cómo había sido tan feliz. Y tenga por seguro que esta vez le escuché con toda mi atención. Y lo más sorprendente es que me maravillé y también me tranquilicé.

¿Cómo acabó? Pues con un largo y sentido abrazo a solas de dos hombres ya ancianos. Al día siguiente tuve que volver a casa, que aunque era muchísimo más lujosa que la de Valparaíso, se me tornaba muchísimo menos acogedora.

No. Por supuesto. Él no hablaba por hablar. No pasó mucho tiempo. Aproximadamente un mes más tarde tan sólo, volví a coger otro vuelo hacia Chile. Había muerto sin dolor, con cuidados paliativos y bien rodeado de los suyos.

Capítulo 5

Cuando volví a Valparaíso, era plenamente consciente de que mi hermano estaría bien rodeado de sus familiares, y tenía unos deseos enormes de formar parte de ese grupo. Pero una vez que llegué allí y llegó el momento del entierro...Bueno, me quedé de piedra.

No fue un funeral al uso. Su entierro en realidad se convirtió en un homenaje y en una celebración de la vida de mi hermano. Allí había muchísima gente de múltiples nacionalidades y etnias que fueron a presentarle sus respetos. Ángela desde el primer momento me acogió y se esforzó por presentarme a todo el mundo como el hermano del difunto. Recalcó en todo momento que yo había sido una de las personas más importantes de su vida. Sólo esa condición hacía que muchísimas personas se acercaran a saludarme y a mostrarme sus condolencias, aunque incluso muchos no hablaban nuestro idioma.

Y fue allí cuando no pude reprimir las lágrimas por él, pero no fueron lágrimas amargas. Numerosas personas tomaron la palabra sobre las numerosas vivencias que habían tenido junto a mi hermano, sobre la inmensa ayuda que les prestó en un momento dado, y sobre su eterno respeto a su persona. Hubo anécdotas, risas... sí, risas en un entierro, figúrese usted; y finalmente lágrimas de emoción.

Para acabar fue Ángela la encargada de despedirlo con un discurso emocionante y precioso, sobre sus vidas y su relación, lleno de amor y gratitud. Ya le dije que Ángela siempre fue brillante; y gracias a ella mi hermano también pudo brillar como una estrella. Lástima que sólo al final pudiera yo apreciar y reconocer esa brillantez, y no despreciarla como si me fuera hostil, que es lo que hice la mayor parte de mi vida.

¿Ángela? Sí. Ahora tengo contacto constante con ella. Sigue en Valparaíso, paseando sola o con sus hijos en cada atardecer. Me ha asegurado que vendrá muy pronto. Sé que lo hará. Me aliviará poder volverla a ver.

Como le contaba después del entierro de mi hermano volví a mi casa de nuevo. Me sentía ansioso. Después de lo que había visto no deseaba otra cosa que buscar las cartas de mi hermano y leerlas una a una. Sabía que mi vieja y previsora asistenta me las había guardado desde hacía muchos años. ¡Bendita mujer! Y esa es la razón de mi actitud. El haberlas visto, el haberlas leído, y el haberme maravillado. Las fotos que me enviaba, las historias que me contaba.

Un torrente de sensaciones, se lo aseguro. Fue entonces cuando lloré durante un día entero, viendo a mi hermano rodeado de niños en Mozambique por ejemplo, fotografiando un amanecer en Katmandú, o caminando con Ángela en el Cabo Norte.

Trabajó mucho, durante toda su vida, con ardor, con pasión. Muchas veces desinteresadamente, poniendo su talento como jurista al servicio de mucha gente humilde. Así es como se labró la amistad de tal cantidad de personas a lo largo y ancho del mundo. Se había convertido en un hombre universal. Escribió mucho sobre ello y dejó un huella imborrable entre muchas comunidades. Y él vivió junto a Ángela intensa y plenamente, sin necesidad de muchos bienes materiales.

Verá usted. Me voy a poner un poco trascendente. Dicen que existe una muerte física y una real. La física es la obvia, la del cuerpo. Aparte siempre se ha hablado de la espiritual. Eso lo dejo a juicio de cada uno. Habrá quien diga que existe un alma y habrá quien lo niegue. Pero la muerte real es más filosófica. La muerte real se produce cuando ya no queda nadie sobre la faz de la Tierra que te recuerde por alguna razón. Ahí se pierde tu rastro. Es como si no hubieras existido. Pues bien, leyendo las cartas, y más tarde sus escritos, y viendo las múltiples obras que llevó a cabo, me dí cuenta que mi hermano era ya casi inmortal en muchos sitios, tal había sido su importancia para mucha gente. Va a ser muy difícil que se borre su huella entre muchas comunidades. Y ahora yo me aseguraré de que eso efectivamente sea así...

Fue por este tipo de pensamientos, ya ve que no abandono del todo mi vanidad, que también lloré por mí mismo. Por la visión que había tenido de la vida todos mis años.

En aquel último paseo junto a mi hermano él estaba lúcido y tranquilo, sin ningún temor. Yo, sin embargo, me he encontrado ahora lleno de miedo. Aterrado. El único valor que le he dado a mi vida al fin y al cabo es haber aumentado el valor en Bolsa de mi compañía en varios cientos de millones. Algo complicado , se lo aseguro, pues conlleva muchos años de trabajo. Pero es algo que ahora juzgo vacío por completo. He coleccionado mujeres, vicios, y lujos, pero me he dado cuenta que de los dos, el hermano verdaderamente rico era él. Mi muerte real sobrevendrá en muy poco tiempo. Nadie se acordará de mí dentro de pocos años, y más sabiendo que la compañía se divide entre mis hijos, que están luchando encarnizadamente entre ellos, y conmigo, por su parte del pastel.

¿ Cuánto me queda? Bueno... Los médicos me han dicho que un mes, pero creo que será bastante menos. Me fríen a calmantes. Aunque a decir verdad es lo único que les pedí. No pasar dolor.

Espero ver a Ángela pronto. Quiero tener una última charla con ella. Le debo muchas disculpas que no me ha pedido, pero se las daré. ¿Mis ex?

Bueno, las veré desde la tumba si es que de verdad existe el alma.

Pues aquí las tiene. Éstas son las razones por las que he creado la fundación con el nombre de mi hermano y les he dotado de tanto capital. Todo del que dispongo al margen de lo que se lleven mis hijos. Ayudará mucho espero. Y sé que la fundación estará en buenas manos. Mis sobrinos son gente muy competente y solidaria. Ellos tuvieron otra educación, y cuentan con otros valores y forma de ver la vida, que mis hijos jamás entenderán, en gran parte por mi culpa.

Llego tarde ya para dejar mi huella en este sentido, pero al menos trataré de hacer honor a mi hermano, aunque sea sólo por los malos momentos que le hice pasar.

¿ Recuerda aquella última conversación en mi despacho muchos años atrás? Ya le dije que yo oía a mi hermano pero no le escuchaba. Y luego lo llamé fracasado. ¡Cómo me avergüenza ahora! Pues hubo una cosa con la que sí me quedé aunque en aquel entonces me pareció una estupidez. Ahora me parece algo bien claro. Me lo explicó como si la vida fuera una empresa, para que le prestara más atención. Me dijo:

-En realidad, hermano, si quieres que tu vida sea plena y totalmente satisfactoria debes equilibrar tu balance. Sí, como el de una empresa. El pasivo debe ser igual que el activo. Lo que tienes, igual a lo que debes. Así entiendo yo también la vida ahora junto a Ángela, hermano. Tu activo, aquello que se te ofrece debes disfrutarlo y protegerlo, además de valorarlo. Pero además, debes desarrollar un pasivo igual, ofreciendo a los demás lo mejor de ti mismo, ayudando allí donde puedas. Sólo así tu balance estará equilibrado. Sólo así vivirás plenamente, y sin miedos. Sólo si en el balance de tu vida, el saldo es cero.